

LA IGLESIA DE EL SALVADOR INTERPELACION Y BUENA NOTICIA

Jon Sobrino

RESUMEN

El presente texto es un discurso pronunciado en el Katholikentag (día de los católicos), celebrado en Düsseldorf, Alemania, del 1 al 3 de septiembre de 1982. Ello explica algunas alusiones a la Iglesia y teología alemanas, y la presentación de la Iglesia de El Salvador en función del auditorio europeo.

En la primera parte, la más larga, se reflexiona sobre el hecho fundamental de la Iglesia de El Salvador: su nueva relación histórica y teológica con el mundo de los pobres. La Iglesia salvadoreña vive en un mundo de pobres, oprimidos y, ahora, asesinados; en ese mundo se ha encarnado cargando con su pecado; ha intentado defender a los pobres, tratando de erradicar el pecado de ese mundo; ello le ha llevado a la persecución y a una santidad específicamente martirial.

En una breve segunda parte la Iglesia de El Salvador es presentada como cuestionamiento a las iglesias europeas, pues les descubre el pecado del mundo más oculto en las sociedades de abundancia, y como buena noticia para ellas, pues les presenta el lugar actual del encuentro con Dios.

En los últimos años la Iglesia de El Salvador ha llamado la atención en todo el mundo. A pesar de que es la Iglesia de uno de los países más pequeños del mundo, a pesar de cierta campaña de silencio y de tergiversación y a pesar de que prolongados años confieren cierta rutina a las noticias sobre esa Iglesia, ustedes, católicos alemanes, están interesados en saber qué es lo que ocurre en esa Iglesia y por qué ocurre. Si esto es así es que algo importante e inusual ha ocurrido, y eso es lo que quisiera exponer y explicar en esta charla.

Por decir en breves palabras lo que después desarrollaremos en detalle, en El Salvador ha ocurrido un verdadero milagro. Muchos cristianos, individualmente y también formando parte del cuerpo eclesial, se han convertido. La Iglesia ha realizado en palabras y hechos la su-

mamente difícil opción por los pobres, ha recorrido el camino de Jesús que la ha llevado a la cruz, ha dado abundantísimas muestras del mayor amor, dejando su vida, la seguridad de sus instituciones y plataformas, por amor a los pobres. A través de todo ello ha servido al pueblo de los pobres y ha ido creciendo como Iglesia, en su fe en Dios, en el seguimiento de Jesús y en fidelidad a la novedad y creatividad del Espíritu.

Indudablemente no toda la Iglesia salvadoreña se ha convertido ni se ha puesto decididamente al servicio de los pobres. Existen también aquellos que no han respondido al clamor de los pobres y a las exigencias de Medellín, que critican y tergiversan la actuación nueva, condenando como partidismo político lo que es la parcialidad de la opción por los pobres, considerando subversivos a quienes son mártires, sospechando

y atacando como peligrosas a nuevas formas de pastoral, de teología e incluso de magisterio episcopal.

Al hablar, pues, de la Iglesia salvadoreña no nos referimos a toda la Iglesia, sino a aquella Iglesia que ha optado por los pobres y en ellos ha encontrado a Dios. Esa es particularmente la Iglesia de Mons. Romero, Iglesia que se mostró en todo su esplendor en los tres años que duró su ministerio, pero que persiste hoy también, con menor brillantez en algunos aspectos, pero no con menor realidad sobre todo entre los cristianos que sufren la represión y la guerra y entre aquellos que les acompañan en esos horrores y alimentan su esperanza.

Esa Iglesia ha sido para muchos salvadoreños y para muchos otros hombres y mujeres una 'buena noticia', porque en ella y a través de ella se ha hecho presente el Evangelio de Jesús. "Con Mons. Romero Dios pasó por El Salvador", se ha dicho, y creo que es una profunda verdad. Si esto es así, hablar y escuchar sobre la Iglesia de El Salvador no es posible sólo con la actitud de obtener información acerca de esa Iglesia, pues como toda buena noticia es anuncio gozoso, y como toda buena noticia cristiana es también escandalosa. Hablar de la Iglesia de El Salvador sólo se puede hacer adecuadamente, por lo tanto, como invitación e interpelación, a nosotros los salvadoreños, en primer lugar, pero también a los oyentes de otras latitudes.

Sin ningún triunfalismo, por supuesto, pues —como decía Mons. Romero— "bien conozco lo mucho que todavía nos falta" (Discurso de Lovaina, *La Voz de los sin voz*, San Salvador, 1980, p. 186), sino con humildad y sencillez quisiera presentar a la Iglesia de El Salvador y ofrecerla como buena noticia, como interpelación y ayuda para ustedes. Quisiera ofrecerla dentro del marco de la solidaridad eclesial, de la verdadera catolicidad, por la cual las diversas iglesias locales se llevan mutuamente, dan y reciben unas de otras lo mejor que tienen, sobre todo, su fe, su esperanza y su caridad.

Sobra decir que para cumplir esta finalidad no son importantes mis palabras, sino la realidad que a través de ellas se haga presente, la fe de los pobres de El Salvador, la esperanza de un pueblo crucificado, la caridad, el amor, la lucha por la justicia y por la liberación de un pueblo, que propician los cristianos. Eso es lo que con cierto temor y temblor quisiera presentar, más a la manera de una meditación teológica que de pura exposición, y sirviéndome con frecuencia de las pa-

labras de Mons. Romero en las que la realidad del pueblo y de la Iglesia salvadoreña tomó la palabra de forma inigualable.

1. La Iglesia y el mundo de los pobres

La afirmación fundamental sobre la Iglesia salvadoreña es que ha encontrado su verdadero lugar, no buscándolo dentro de sí misma, sino en el mundo que la rodea; ni buscándolo tampoco simplemente en el mundo, sino en el mundo real en que existe, en el mundo de los pobres. El mundo de los pobres es lo que proporciona la clave para entender la realidad y la actuación de esa Iglesia. Al encontrar en los pobres su lugar, la Iglesia ha resuelto en principio lo que podríamos llamar su problema ecológico, cómo relacionarse con su ambiente para que éste propicie el crecimiento cristiano de la Iglesia y ésta propicie el crecimiento —en este caso, liberación— de ese mundo. De esa forma también la Iglesia ha unificado, en principio, una doble dimensión importante; cómo ser evangélicamente cristiana e históricamente salvadoreña.

1.1. La realidad de los pobres: el pecado del mundo

Para ustedes la pobreza es una realidad hasta cierto punto marginal, aunque puedan observar algunos de sus efectos sobre todo entre los emigrantes. Pero esto que para ustedes es marginal, en El Salvador es algo absolutamente central y determinante para comprender y juzgar al país y a la Iglesia. En El Salvador se da "esa miseria que como hecho colectivo es una injusticia que clama al cielo" (Medellín, *Justicia*, n. 1). En El Salvador se da lo que Puebla calificó como "el más devastador y humillante flagelo, la situación de inhumana pobreza en que viven millones de latinoamericanos expresada por ejemplo en salarios de hambre, el desempleo y subempleo, desnutrición, mortalidad infantil, falta de vivienda adecuada, problemas de salud, inestabilidad laboral" (n. 29).

Esos son los pobres de El Salvador entre los que viven la Iglesia, sea cual fuere la profundización teológica de la pobreza. Los pobres son en primer lugar las inmensas mayorías de El Salvador, dato que de por sí ya debe interpelar a la Iglesia. Son además pobres históricos y la naturaleza de su pobreza es fundamentalmente de índole socio-económica. Son dialécticamente pobres, porque existen como pobres porque y pa-



Teológicamente, los pobres son expresión y producto del pecado, son aquellos cuya vida está amenazada y cercana a la muerte real por el pecado histórico, cristalizado en estructuras injustas y violentas.

ra que otros existan como ricos. Son, por último, real o potencialmente conflictivos porque la injusticia y opresión a que se les somete clama al cielo, clamor que es “claro, creciente, impetuoso y, en ocasiones, amenazante” (Puebla n. 89).

Dicho teológicamente, los pobres son expresión y producto del pecado; son aquellos cuya vida está amenazada y cercana a la muerte real por el pecado histórico, cristalizado en estructuras injustas y violentas. En su conjunto presentan una creación de Dios que está amenazada y viciada, y son por ello negación de la primaria voluntad de Dios sobre los hombres. Con estos pobres mayoritarios tiene que vérselas la Iglesia, y además —como felizmente recordó Puebla (n. 31-39)— con sus rostros concretos. En El Salvador los pobres son los que habitan en tugurios horripilantes contigo a lujosísimas mansiones; los niños que mueren por desnutrición en brazos de madres desesperadas porque no les pueden amamantar ni acudir a farmacias u hospitales; los campesinos que no tienen tierra y que se pueden considerar dichosos si trabajan cuatro meses al año. Estos y otros muchos ejemplos desgraciadamente no son expresiones retóricas ni casos excepcionales.

Pero además en los últimos años incluso el término ‘pobre’; tal como aquí lo hemos usado,

se ha tornado extremadamente suave. Pobres son hoy también, y sobre todo, los amenazados en su vida, los asesinados por la represión —cuyo número se eleva ya a 35.000—, los masacrados, los ahogados cuando quieren cruzar un río o los niños que mueren en el camino huyendo de la represión, los capturados ilegalmente y después desaparecidos, los decapitados en masa, cuyas cabezas aparecen a centenares de metros de sus troncos, los torturados en sus rostros y miembros, los cadáveres descubiertos en cementerios clandestinos comidos por las aves de rapiña. Pobres son los que en palabras recientes de Juan Pablo II sufren “brutales represiones” legitimadas por los principios de la doctrina de la “seguridad nacional” (Carta al episcopado de El Salvador, 6 de agosto de 1982). Pobres son todos aquellos cuyos derechos más elementales, sobre todo el derecho a la vida, son absolutamente ignorados, mientras que la represión puede actuar con total impunidad antes, durante y después de los hechos. Pobres son los salvadoreños de tal manera oprimidos y reprimidos que hizo exclamar a Mons. Romero: “Esto es el imperio del infierno” (1.7.1979).

“A mí me toca ir recogiendo atropellos y cadáveres” (19.6.1977), decía Mons. Romero resumiendo su ‘misión’ arzobispal, cuando visitó el

pueblo de Aguilares convertido "en una cárcel y en un lugar de tortura" (*Ibid.*). Esa es la realidad que tiene en frente la Iglesia salvadoreña y esa pavorosa realidad es el principio hermenéutico —anterior a cualquier otro— para comprender quiénes son los 'pobres' a los que la Iglesia tiene que dirigirse. Sea cual fuere el múltiple significado evangélico y teológico de 'pobre', esos hombres y mujeres son ciertamente pobres, y ese tipo de pobreza es absolutamente exigente para la misión de la Iglesia. Esos pobres son, como en el Evangelio, los destinatarios de la buena noticia que predica la Iglesia, y esos pobres que reproducen la misteriosa figura del siervo de Jahvé —producto del pecado, sin rostro ni figura humana, abandonados y sin que nadie salga a su defensa, tenidos por malvados y enterrados como malhechores— son los que interpelan a la Iglesia en su misión y —escandalosamente— en su esperanza.

1.2. Encarnación en el mundo de los pobres: cargar con el pecado del mundo

En favor de esos pobres reales la Iglesia debe hacer la llamada opción preferencial, tan evidente en el Evangelio y afortunadamente tan exigida en Puebla. Lo que añade la situación descrita no es más que la absoluta evidencia de la necesidad y exigencia de esa opción, de modo que debe ser llevada a cabo no por obligación como si fuese un mandato —aun proveniente de la Iglesia— sino por la urgencia paulina del amor: "la caridad de Cristo nos urge". Sería intolerable cribar o paralizar la opción de los pobres en presencia de una pobreza tal en virtud de la casuística, o suavizarla para la Iglesia como si fuese sólo una entre varias cosas posibles que pudiera y debiera hacer. Nadie y menos la Iglesia, que habla del amor y acercamiento real de Dios a los hombres, puede pasar por alto este hecho mayor de la historia actual, ese signo de los tiempos de un pueblo crucificado.

La primera exigencia de la opción por los pobres es la encarnación de la Iglesia entre ellos. Encarnación no significa primariamente adaptación cultural o un mero interés por tener noticia de lo que ocurre en el mundo en torno de la Iglesia. Encarnación tiene un sentido activo y práxico, es abajamiento consciente al mundo de los pobres de forma que el mundo de los pobres se introduzca eficazmente en la Iglesia. Es lo que significaba en las palabras de Mons. Romero: "En ese mundo sin rostro humano, sacramento

actual del siervo sufriente de Jahvé, ha procurado encarnarse la Iglesia de mi Arquidiócesis" (*Discurso de Lovaina*, op. cit., p. 186). Ese tipo de encarnación tiene unas características sumamente importantes para la Iglesia.

a) La mera facticidad de la encarnación en el mundo de los pobres es la forma de responder a la pregunta ineludible que nos dirige Dios, tan bellamente expresada en los cantos de los negros esclavizados: "¿Estaban ustedes allí cuando crucificaron a mi Señor, cuando le clavaron en la cruz?" Ante esta pregunta no hay escapatoria posible y la única manera de responder es estar junto a los crucificados de la historia. Ese estar encarnadamente junto a la cruz es cargar con el pecado del mundo, paso previo pero necesario para erradicarlo como el cordero de Dios. Es también el lugar para que la Iglesia se haga en verdad 'popular', no en el sentido reduccionista del término, sino en el sentido histórico, hoy desgraciadamente necesario cuando abundan las cruces de los pueblos, como lo muestran las aterradoras, pero clarividentes palabras de Mons. Romero: "Sería muy triste que en una patria donde se está asesinando tan horrorosamente no contáramos entre las víctimas también a los sacerdotes. Son el testimonio de una Iglesia encarnada en los problemas del pueblo" (24.6.1979). Este tipo de encarnación —para lo cual no hay ningún sustitutivo— es lo que produce última credibilidad entre el pueblo, porque es lo que hace a la Iglesia participar en la realidad de opresión y represión. Es, por último, la condición para que la Iglesia dé el primer paso para encontrarse con el verdadero Dios: "Los cristianos permanecen con Dios en la pasión", como han dicho sus teólogos D. Bonhoeffer y J. Moltmann.

b) La encarnación como activo abajamiento es conversión y conversión fundamental porque trastueca eficazmente todos los valores del hombre natural a los cuales está también inclinada la Iglesia, pone a la Iglesia en una clara alternativa y le plantea el serio problema del uso del poder como institución y como comunidad de misión. Encarnación en el mundo de los pobres es optar por lo que está abajo, por lo débil de este mundo; es encontrar el lugar del verdadero poder eclesial y los modos de usarlo; es elegir a Dios en contra de las riquezas.

c) La encarnación en el mundo de los pobres es necesaria para generar en la Iglesia dos actitudes, previas en un sentido a su misión, pero su-

mamente necesarias y sumamente difíciles de conseguir por lo fácilmente que se presuponen.

La primera es la captación de la verdad de las cosas, lo cual —como nos avisa Pablo— es el primer paso para que las cosas hablen de Dios. “La cólera de Dios se ha revelado contra los que aprisionan la verdad con la injusticia” (Rom 1,18). La historia y la historia de la Iglesia muestran cuán difícil es captar la verdad fundamental de las cosas. A la Iglesia salvadoreña le ha llevado mucho tiempo descubrir lo que es la verdad del hombre salvadoreño. Con facilidad se ha presupuesto que es el hombre ‘occidental’, aunque no en pleno estado de desarrollo; que es el hombre religioso y católico, aunque supersticioso; que es el hombre amenazado de secularismo y consumismo. Si por fin se ha descubierto su verdad como hombre pobre, empobrecido y oprimido, es por la encarnación en el mundo de los pobres. Se ha liberado esa verdad aprisionada durante mucho tiempo, pero de esta forma la verdad de la realidad salvadoreña puede hablar de Dios.

d) La segunda actitud necesaria es sentir el dolor de los pobres, rehacer el **misereor super turbas** de Jesús. Ninguna persona de buen corazón deja de conmoverse cuando ve de cerca o escucha de lejos los sufrimientos del pueblo salvadoreño; la naturaleza nos ha concedido al menos el instinto de la compasión ante el dolor humano evidente. Pero no basta ese primer movimiento de generosa compasión, hay que mantenerlo y actuar en consecuencia porque, aunque el dolor de los pobres toca el corazón de Dios —como decía Mons. Romero—, es también manipulable. Se le manipula cuando la Iglesia piensa que tiene misiones más altas que la de aliviar ese dolor, cuando se le hace pasar eficazmente a un segundo plano, admitiendo, sí, que malo y espantoso es ese dolor, pero aceptando que podría haber cosas peores, como un triunfo de la izquierda, por ejemplo; y no sólo se le manipula, sino que se le pervierte cuando se llama simplemente subversivos a quienes se reprime, insinuando o afirmando abiertamente que “ellos se lo han buscado”.

Mantener la primariedad y ultimidad del dolor de los pobres no es, por lo tanto, cosa evidente, tampoco para la Iglesia. Si la Iglesia salvadoreña lo ha logrado en buena medida ha sido en definitiva por la encarnación entre los pobres.

1.3 Defensa de los pobres: quitar el pecado del mundo

La Iglesia debe encarnarse en las cruces de la historia, pero sin pactar con ellas. La opción por los pobres debe ser activa defensa de los pobres. La dialéctica de estar en la cruz y estar contra la cruz es exigida por una verdadera misericordia y es sumamente fructífera para generar plenitud en la misión de la Iglesia. Así lo vio Mons. Romero. “Mi posición de pastor me obliga a ser solidario con todo el que sufre”; pero añadió: “y a acupar todo esfuerzo por la dignidad de los hombres” (7.1.1979).

a) En la actualidad la opción por los pobres es, en primer lugar, defensa de la vida de los pobres. Esta afirmación que puede parecer mínima —y no faltará quien la llame reduccionista— es absolutamente necesaria en un país en que vivir es la máxima tarea y morir el destino más cercano. En un país así “es preciso”, como decía Mons. Romero, “defender lo mínimo que es el máximo don de Dios: la vida”. La vida, ciertamente, es más que vivir; por su dinámica tiende a plificarse en formas materiales, sociales, personales, espirituales y transcendentales. La misión de la Iglesia consiste en propiciar la vida en todas esas dimensiones, para que se haga realidad aquella ‘vida abundante’ que vino a traer Jesús. Pero esto no puede hacerlo la Iglesia al margen de la vida de los pobres, precipitándose a favorecer formas más altas de vida, ni éstas pueden ser alcanzadas sin pasar por el primer estadio de la vida que es la vida misma. Esta es la lógica del trabajo de la Iglesia por el cambio de estructuras injustas que privan de vida y, en la actualidad, por poner fin a una guerra y a una presión que está acabando literalmente con la vida de miles de salvadoreños. Sólo quisiera añadir que esta tarea no es sólo una exigencia ética para la Iglesia, sino una exigencia teológica primaria, sin cumplir la cual, vana sería la fe de la iglesia en un Dios de vida. La defensa de la vida de los pobres es la forma histórica de confesar a Dios y la profundidad de aquélla, dará la medida de la profundidad de esta fe.

b) La defensa de la vida de los pobres lleva a la denuncia profética. “No podemos callar, queridos hermanos, como Iglesia profética, en un país tan corrompido, tan injusto”, decía

El sufrimiento del pueblo se manipula cuando la Iglesia piensa tener misiones más altas que la de aliviar el dolor, el cual pasa a segundo plano.

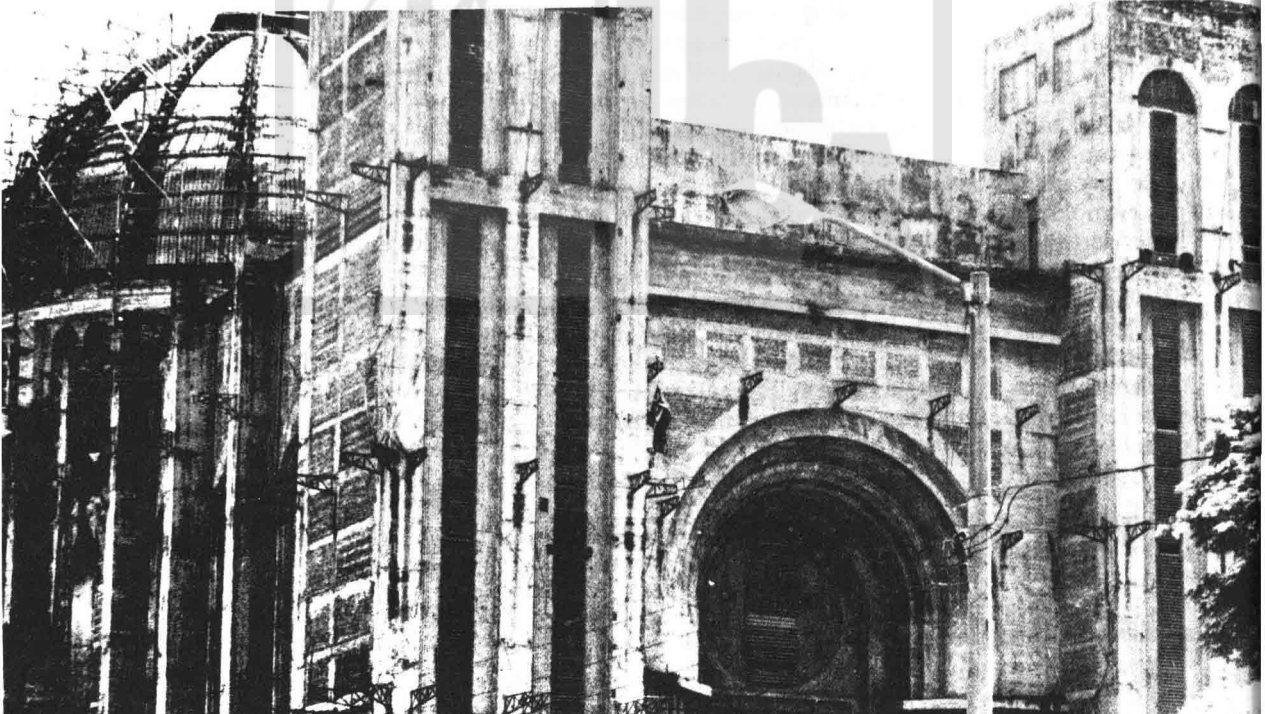
Mons. Romero (8.7.1979). Esta denuncia es ciertamente exigencia objetiva de la verdad para que se diga la verdad sobre el país en el que "sobran quienes tienen su pluma pagada y su palabra vendida" (18.2.1979). Pero es una verdad que defiende al pobre.

En la división de la sociedad entre acaparadores y desposeídos, entre opresores y oprimidos, entre aquellos a quienes Dios rechaza y a quienes llama 'mi pueblo', la denuncia profética toma partido por los pobres y éstos se sienten defendidos. Reconocen en la denuncia de la Iglesia su más profunda realidad, para expresar la cual no han tenido palabra. Por eso, sin ningún matiz retórico, llamaron a Mons. Romero "la voz de los sin voz". Con él, la denuncia profética llegó sin duda a su máxima expresión en la Iglesia salvadoreña. Como Amós, Isaías, Juan Bautista y Jesús, dijo la verdad, denunció el pecado y desenmascaró a sus responsables: oligarquía, ejército y cuerpos de seguridad, gobiernos y políticos, intervención de los Estados Unidos, medios de comunicación social, administración de la justicia, etc. Nada de esto lo hizo con odio hacia quienes atacaba, pero los atacaba por defender a los pobres. Por esa razón —y no porque Mons. Romero hiciera una descripción analítica y objetiva de la realidad— los pobres vieron en él y en su Iglesia a su defensor. Y vieron en él a su defensor porque, como todo profeta, no hablaba en su nombre, ni en nombre de la ciencia política, ni siquiera sólo en nombre de la Iglesia, sino en nombre de Dios. "En nombre de Dios,

pues, y en nombre de este sufrido pueblo, cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, ¡les ordeno!, en nombre de Dios: ¡Cese la represión!" (23.3.1980) De esta forma los pobres de El Salvador captaron la verdad de lo que dice Puebla: "Dios toma su defensa y los ama" (n. 1142).

c) La defensa de los pobres debe llevar a la Iglesia a acompañarles en sus procesos y justas luchas de liberación. Entramos aquí sin duda en terreno difícil y resbaladizo para la Iglesia, tanto por la dificultad de los juicios políticos sobre esos procesos como por la dificultad para la Iglesia de cómo introducirse en ellos de forma específicamente eclesial y cristiana. La Iglesia salvadoreña, sin embargo, no ha rehuído la tarea de acompañar al pueblo. Sería muy largo explicar detalladamente cómo lo ha hecho en concreto, en situaciones políticas tan cambiantes como las de El Salvador. Pero es importante enunciar al menos dos principios fundamentales de su actuación.

El primero es que la Iglesia reconoce que no es ella, ni de hecho ni de derecho, la llamada a protagonizar los procesos liberadores del pueblo. Estos procesos y sus conflictos son algo dado para la Iglesia. Describiendo brevemente este proceso se puede decir que los pobres de El Salvador llegaron a tomar conciencia de su pobreza como empobrecimiento y —paso fundamental— de que ellos mismos tienen que ser sujetos activos de su liberación, como lo reconoció también Medellín. Para su liberación, intentaron en los



La Iglesia debe encarnarse en las cruces de la historia, pero sin pactar con ellas. La opción por los pobres debe ser activa defensa por los pobres.

años serenta la vía electoral, siendo dos veces burlados por clarísimos fraudes. Esto los movió a su activa organización en los diversos niveles gremiales, sindicales, sociales y políticos, lo cual originó una cruel represión contra ellos. Por esa razón, y vista la inutilidad de otras formas de lucha, el pueblo se organizó militarmente y ahora estamos en una guerra fratricida, como la caracteriza Juan Pablo II, que está durando ya años, causando destrucción al país y desencadenando una represión cada vez más sistemática. Ante esta situación, lo primero que ha hecho la Iglesia es reconocer que existe un conflicto verdadero y que la lucha de los pobres, aun en sus formas más duras, tiene como origen la injusticia social.

El segundo es acompañar a ese pueblo, también en esos conflictos, sin rehuir esa tarea por difícil y ambigua que sea ni por los costos que le ocasiona a la propia Iglesia. Desde hace muchos años, la Arquidiócesis de San Salvador ha defendido los derechos de los pobres y, más específicamente, sus derechos de organización social y política, animándolos a ella. Ha orientado pastoralmente sobre el fenómeno de la violencia, sus diversas formas y responsables, su legitimidad en casos excepcionales, las condiciones para ello, condenando siempre la mística de la violencia, y propiciando los medios pacíficos. En el momento actual está propiciando el diálogo y la negociación para buscar una salida al conflicto y asentar las bases de una solución verdadera al problema del país, está ayudando asistencial y humanitariamente a las víctimas de la guerra. Lo importante de esta tarea, cuyos detalles sería muy prolijo señalar, es que la Iglesia a causa de la opción por los pobres, no los ha abandonado en los momentos más críticos de su historia. Y, como insistió Mons. Romero, también y especialmente, a esos pobres que se comprometen en la lucha política que ha desembocado en un conflicto armado.

Esta actuación no es fácil para la Iglesia. A Mons. Romero y a muchos otros cristianos les costó la vida. Pero por difícil que sea, la Iglesia no puede abandonar a los pobres en sus momentos más difíciles. Si no los defendiera ahora, actuaría como el pastor que huye cuando el lobo viene a devorar a sus ovejas.

d) El acompañamiento de los pobres signifi-

ca también imbuir en ellos como pueblo, en sus proyectos y en sus luchas, el espíritu cristiano, con el convencimiento de que, con ese espíritu, el pueblo da más de sí. Esto significa avisar también claramente de los errores de los pobres y de los revolucionarios. Mons. Romero los defendió, los amó, vio en ellos una gran esperanza para el país, por la carga ética de sus luchas, por su mayor cercanía a los intereses del pueblo y por la inmensa generosidad de dar su vida por el pueblo. Pero también les exigió la superación de sus errores: excesivo protagonismo, desunión, absolutización de lo político y/o lo militar, intransigencia, en ocasiones manipulación de la religiosidad popular. También condenó sus acciones violentas cuando a veces se tornaban terroristas. En esto nunca cedió.

Positivamente, trató de ofrecer al pueblo cristiano, y también a aquellos que no son cristianos, pero luchan en favor del pueblo, los valores de la fe, con la convicción de que con Dios el hombre se humaniza más y mejor. Por ello, aun en medio de los conflictos, nunca promovió el odio, sino que exigió la misericordia y el perdón. No absolutizó ningún proyecto político en nombre del Reino de Dios, pero mantuvo siempre el ideal del Reino para juzgar y animar a los diversos proyectos a que se encaminaran a ese ideal. Defendió y promovió el cambio de estructuras, pero también el cambio en el corazón del hombre. Mons. Romero estaba convencido de que nada puede sustituir el encuentro —explícito o anónimo— del hombre con Dios y de que ese encuentro es sumamente salvífico para el hombre y productivo también para la historia. La utopía de Dios se le presentó a él como algo que hay que mantener siempre para la humanización del hombre y la superación de la historia; pero esto lo mantuvo no al margen, sino acompañando al hombre real y sus procesos históricos reales. Defender al pobre fue también ofrecerle la plenitud de Dios.

e) Defensa de los pobres significa por último —sobre todo en un país de tan prolongado e intenso sufrimiento— mantener su esperanza. Cómo ocurra esto, cuando lo más verosímil debiera ser la resignación o la desesperación, es un milagro. Pero ocurre. La Iglesia mantiene la esperanza de los pobres cuando con credibilidad les

anuncia la increíble palabra de que Dios tiene una buena noticia para ellos; cuando interpreta los signos históricos en su favor, cuando les reconoce realmente su dignidad dentro de la misma Iglesia, los anima a organizarse en comunidades de base, escucha en serio sus preocupaciones, sus reflexiones y su teología. En una palabra, cuando les dice que Dios está realmente cercano a ellos, y ellos lo creen, porque confían en una Iglesia que está cercana. Superan de esa forma un secular sentimiento de orfandad.

Más de fondo y según la escandalosa paradoja cristiana, la Iglesia mantiene la esperanza precisamente porque es contra esperanza. En el dolor, en el sufrimiento, en la muerte se alimenta esa esperanza. Gran mérito de Mons. Romero fue haber convertido los innumerables martirios en motivo de esperanza. "Estoy seguro de que tanta sangre derramada y tanto dolor causado a los familiares de las víctimas no serán en vano" (27. 1. 1980). "El grito de liberación de este pueblo es un clamor que sube hasta Dios y que ya nada ni nadie lo puede detener" (ibid.). El que estas palabras generen esperanza es milagro improgramable. Pero la Iglesia debe intentarlo siempre de nuevo como su último servicio a los pobres. Desde la cruz debe intentar comunicar la convicción de Mons. Romero: "Verán queridos pobres, queridos oprimidos, queridos marginados, queridos hambrientos, queridos enfermos, que ya está fulgurando la aurora de la resurrección" (11.11.1979). "Sobre estas ruinas brillará la gloria del Señor" (7.1.1979).

1.4. La santidad de una Iglesia perseguida

La opción por los pobres ha tenido sus consecuencias. Esa Iglesia, olvidada de sí misma para ser para los pobres, ha recibido la recompensa evangélica, los pobres la han evangelizado. De ahí han surgido una serie de bienes para la misma Iglesia ahora que sólo podemos enumerar. Ha aumentado y se ha profundizado la fe; la Iglesia se ha hecho más la Iglesia de Jesucristo y ha aumentado su credibilidad e influjo social entre el pueblo; la Iglesia institucional se ha convertido en institución con espíritu, que ha unificado a los diversos miembros del pueblo de Dios, a sus agentes de pastoral; ha surgido una gran creatividad pastoral, litúrgica y teológica.

Pero la consecuencia más notoria ha sido sin duda la persecución. Ustedes conocen los datos más notorios. Once sacerdotes, entre ellos Mons. Romero, un seminarista próximo a su ordena-

ción, cuatro religiosas estadounidenses, centenares de catequistas y delegados de la Palabra laicos han sido asesinados. Muchos más han sido amenazados, calumniados, expulsados, agredidos físicamente con explosiones de bombas en sus viviendas y lugares de trabajo. Si esto ha pasado con sacerdotes, podrán ustedes comprender lo que ha sucedido a los cristianos sencillos, campesinos, refugiados, obreros.

Esta persecución es un bien y una gracia para la Iglesia, y es la verificación de que ha actuado cristianamente. Una Iglesia que, de una u otra forma no sea perseguida, no puede llamarse en verdad Iglesia, seguidora de Jesús. "Una Iglesia que no sufre la persecución, sino que está disfrutando los privilegios y el apoyo de la tierra, esa Iglesia ¡tenga miedo! No es la verdadera Iglesia de Jesucristo" (11.3. 1979), decía Mons. Romero.

Pero si es perseguida entonces es que ha actuado como Jesús. Si la persecución llega hasta a arrebatar la vida, y la Iglesia está dispuesta a darla generosamente, entonces está mostrando el mayor amor de que habla el Evangelio (cfr. Jn 15,13). En ello y por ello la Iglesia se hace santa y es la verdadera Iglesia de Jesucristo.

El que la Iglesia sea perseguida con tal saña en un país llamado mundo occidental y democrático puede ocasionar que algunos no acaben de aceptar la persecución y priven a la Iglesia de su mayor gloria. Se oyen entonces las voces de quienes la acusan de meterse en política y sufrir las consecuencias. Pero la verdad es muy otra. En primer lugar, porque la Iglesia no necesita meterse en política, sino que está inmersa en ella, lo quiera o no, si defiende a los pobres. En segundo lugar, porque la misma Iglesia, aquella que padece la persecución, sabe mejor que nadie por qué se la persigue. Se la persigue por causa de la justicia del Reino, que hace bienaventurados a los perseguidos, en palabras de Jesús (cfr. Mt. 5, 10); se la persigue por las mismas razones por las que persiguieron a Jesús, aunque también éste "fue incomprendido, lo llamaron revoltoso y lo sentenciaron a muerte" (3. 6.1979), como decía Mons. Romero. Se la persigue, por último, porque se ha colocado en aquel lugar que *ex opere operato* produce la persecución: el mundo de los pobres. Una Iglesia que se abaja a ese mundo sufre su mismo destino. "La Iglesia sufre el destino de los pobres: la persecución", y se gloria de "mezclar la sangre de sus sacerdotes con las masacres del pueblo" (17.2.1980).

La persecución ha tenido graves costos para

la Iglesia, pero hemos dicho que es un bien. Para el pueblo cristiano salvadoreño la persecución es lo que ha dado raíces profundas a su fe. La fe cristiana comenzó a los pies de la cruz de Jesús, de alguien a quien en verdad no le quitaron la vida, sino que el mismo la dio para la salvación de su pueblo y de todos los hombres. Desde entonces los cristianos han celebrado su fe y su Eucaristía recordando a los testigos de la fe y sobre reliquias de mártires. El misal romano recoge todavía sus nombres concretos: Esteban, Alejandro, Marcelino, Felicidad y Perpetua, Agueda, Inés, etc. Pero para los cristianos de El Salvador no es lo mismo recordar sólo esos nombres que mencionar a Oscar, Rutilio, Octavio, Ita, Maura, Juan y Felipe. Estos son sus mártires, recientes todavía. Y junto a ellos los padres, hijos e hijas, esposos y esposas, hermanos y hermanas de quienes celebran la Eucaristía.

En el fondo de la Iglesia, por lo tanto, allá donde ella es más que institución, más que templos de piedra o escuelas, allá donde en verdad es pueblo de un Dios crucificado y liberador, cuerpo de un Cristo crucificado y resucitado, en ese último fondo de su realidad, la Iglesia perseguida crece en su fe.

El servicio a los pobres es lo que ha forzado a la Iglesia a recorrer el camino de Jesús, a ser como Jesús y a terminar como Jesús. Y eso es lo que le ha hecho crecer como Iglesia. La honrada fidelidad a la opción por los pobres es lo que lleva a la Iglesia a desarrollarse en plenitud. Por esa razón, la relación de la Iglesia con el mundo de los pobres no es uno de los muchos problemas que puede tener la Iglesia, sino su problema fundamental. En su solución se juega su ser Iglesia de Jesús.

2. La Iglesia de los pobres: interpelación y buena noticia

Esta presentación de la Iglesia salvadoreña está idealizada, pero no es idealista. Está idealizada porque no siempre ni todos han realizado esa opción por los pobres, ni con la intensidad proporcionada a la miseria y opresión de los pobres. En la actualidad, además, con la continuada persecución que desmantela muchas plataformas eclesiales y ha reducido muy considerablemente el número de sacerdotes, religiosas y agentes de pastoral, con el amedrentamiento y presiones de todo tipo, la Iglesia salvadoreña está en una situación difícil; no le es nada fácil mantener su opción por los pobres. Pero tampoco es

idealista esta presentación porque en esa Iglesia se mantiene mucho de esa opción, mucho heroísmo y entrega en el acompañamiento al pueblo sufriente, mucha fe, mucha esperanza y fortaleza y mucha práctica de la caridad en medio de los horrores de la represión y la guerra.

Esa Iglesia, en su realidad concreta, con su persecución y sus mártires, también con sus dificultades y fallos, ha desencadenado un inmenso movimiento de solidaridad, desconocido en la reciente historia de la Iglesia. La primera y fundamental solidaridad de la Iglesia salvadoreña con los pobres de su pueblo ha desencadenado lo que difícilmente se consigue por otros medios: la solidaridad intraeclesial, como proceso de dar y recibir entre las diversas iglesias locales, de llevarse mutuamente como iglesias.

Dicho sin ninguna presunción, creo que lo que la Iglesia salvadoreña ha ofrecido a la Iglesia universal y a sus iglesias locales es fundamentalmente su fe martirial, su indestructible esperanza contra esperanza y la práctica de la caridad eficaz para con los pobres. Realmente esa Iglesia puede decir que no tiene oro ni plata; no tiene largas y venerables tradiciones, ni grandes recursos económicos, a veces ni 'tiempo' tiene; no tiene teologías académicas ni muy sofisticadas; no tiene mucho poder dentro de la Iglesia. Lo único que tiene para ofrecer es el dolor, la esperanza y el trabajo de un pueblo que ansía su liberación, y la solidaridad de la Iglesia hacia ese pueblo. La Iglesia de El Salvador es ciertamente, como Belén, la más pequeña de las iglesias. Pero de ella se ha acordado Dios y ha realizado cosas grandes. Ha servido de estímulo y ánimo a otros cristianos del tercer mundo con problemas y dificultades semejantes. Ha ayudado a cristianos del primer mundo a rejuvenecer su fe, que creían amenazada, irrelevante o sin sentido; les ha devuelto la alegría y aun el orgullo de ser cristianos.

La Iglesia salvadoreña ha recibido a su vez de otras iglesias. Ha recibido apoyo moral, ayuda económica, reconocimiento de otros cristianos y sus jerarquías, ayuda y ánimo de otros teólogos. Ha recibido, sobre todo, cuando los cristianos de otros países se han interesado por su causa y hacen lo posible para que se detenga la represión y se busquen soluciones justas al actual conflicto. Al nivel más profundo, ha recibido también la fe de otras iglesias que, acercándose a El Salvador o desde la distancia, les animan con su propia fe, con los conflictos y persecuciones —grandes o pequeñas— que también ellas sufren por la causa de los pobres.

De esta forma se ha generado la solidaridad que, en mi opinión, es el nombre actual de la catolicidad de la Iglesia, y una de las características de una Iglesia verdadera. Y se ha generado sobre bases firmes, pues no se trata de una solidaridad diseñada desde arriba e impuesta administrativamente, sino de una solidaridad que tiene su última raíz en el dolor de los pobres, y es por ello garantía de una solidaridad cristiana y eficaz para la construcción cristiana de la Iglesia universal.

Dentro de esa solidaridad una Iglesia volcada hacia los pobres es una buena noticia para ellos, pero también para las demás iglesias. Ese tipo de Iglesia aprende y comunica lo que es central en nuestra fe. Que Dios es Padre de todos los hombres, pero radicalmente cercano, tierno y amoroso hacia los pobres, su defensor y abogado; un Dios liberador y también crucificado. Que Jesús es el Hijo, a quien se le reconoce y confiesa prosiguiendo su camino que lo llevó a la muerte por amor; que es también el hermano mayor, quien no se avergüenza de llamarnos hermanos (cfr. Hebr 2, 11), pero que nos exige una forma de vida eclesial para que no tengamos nosotros que avergonzarnos de llamarle hermano a él. Que el Espíritu es Señor y dador de vida, que espolea nuestra imaginación y creatividad para que procuremos vida para los pobres e impregnemos nuestra propia vida de espíritu evangélico. Aprende y comunica también a poner por obra lo que confesamos, a realizar los signos de la fe y los duros trabajos del Evangelio.

Pero esa Iglesia también nos interpela. Con sencillez quisiera hacerles a ustedes las preguntas inevitables que plantea esta Iglesia por su misma realidad, aun antes de formularlas. ¿Han hecho ustedes una verdadera opción por los pobres, aquí en su país y con relación a los pobres del mundo, en el cual tienen tan grande responsabilidad? ¿Ponen sus grandes recursos eclesiales, su influjo también socio-político, su prestigio eclesial, su capacidad teológica al servicio de los pobres? ¿Conocen, comprenden, analizan y apoyan el deseo de liberación de los pobres? ¿Sufren algún tipo de persecución por esa opción?

Estas preguntas son cuestionantes, pero inevitables para todos. Para nosotros que estamos en El Salvador y para ustedes, católicos alemanes. No quisiera que las oyeran —o las desoyeran— como preguntas políticas, sino co-

mo preguntas profundamente cristianas. Creo yo que ninguna Iglesia puede desoír la pregunta de Dios de si estamos junto a la cruz de los crucificados de la historia, en ello está en juego nuestro cristianismo y nuestra eclesialidad. Una vez que estamos junto a la cruz debemos preguntarnos qué hacer, porque realmente algo y mucho hay que hacer como Iglesia. Ustedes podrán responder a esa pregunta. Lo único que quisiera añadir al preguntarnos qué hacer es el deseo de que tuviéramos aquella actitud de Ignacio de Loyola en los Ejercicios Espirituales cuando, delante de Cristo crucificado por sus pecados, se preguntaba: qué he hecho, qué hago y qué voy a hacer por Cristo. Traduciendo esas preguntas a nuestro mundo actual tenemos que preguntarnos qué hemos hecho para que existan pueblos crucificados, qué hacemos para bajarlos de la cruz, qué vamos a hacer para que comiencen a vivir como hijos de Dios y la humanidad se parezca un poco más al ideal del Reino de Dios.

Estas preguntas son fuertes y exigentes, pero sin hacerlas con honradez, ni predicaremos el Evangelio, ni el Evangelio será buena noticia para nosotros. Creo profundamente que sólo en la vuelta a los crucificados, en el olvido de uno mismo, nos recobramos como cristianos y como Iglesia. Ya dijo Jesús que para ganar la propia vida hay que perderla y nada hay que sustituya a esa 'fórmula breve' del cristianismo. Pero cuando con la gracia de Dios realizamos ese milagro, entonces ocurre también la paradoja que con tanto vigor ha expresado Karl Rahner recientemente: el Evangelio se convierte para nosotros en una pesada carga ligera. Pesada, porque no se nos ha prometido honor o riqueza, sino persecución. Ligera, porque "cuando uno carga con ella, ella carga con uno".

No le tengamos miedo a la opción por los pobres. Nos llevará al conflicto y a la cruz, pero también a la resurrección como Iglesia. Por ella habrá que pagar un alto precio, pero tendremos también el gozo de haber encontrado la perla preciosa. La Iglesia se encontrará muchas veces perdida y sin saber qué hacer, perderá su seguridad, amistades y halagos; pero sentirá la cercanía y el agradecimiento de los pobres del mundo, ellos serán su pueblo y orgullo, con ellos encontrará a Jesús y con ellos encontrará y se dirigirá a Dios.